

Miguelina



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 53049. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Miguelina

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I

EL SUEÑO DE LAS CALCETAS

Los molinos de viento de Retiro, en Quilpué, giraban vertiginosamente, haciendo chirriar sus viejos goznes.

Marcela, la joven y hermosa mujer del zapatero, observaba por la ventana de su dormitorio a los niños que jugaban en la plaza municipal. Por sus mejillas bajaron dos cristalinas lágrimas. -¡Dios mío! -susurró- ¿cuándo me vas a dar un hijo?. Llevaban cinco años casados. Santiago era un buen esposo y la amaba intensamente. Este gran amor era correspondido por Marcela porque su marido se lo merecía. El zapatero era un hombre sobrio, bondadoso, gran trabajador, sin vicios y de buen carácter.

Por esta misma razón, era querido por todo el pueblo de Retiro. Mas, no todo ha de ser perfecto en esta vida ya que el modesto



y cristiano matrimonio no había logrado la felicidad de tener hijos.

Al año de casados Marcela había dado a luz un niño, pero éste murió a los pocos días de haber nacido. Marcela estuvo muy grave en el hospital y cuando fue dada de alta, recibió de los médicos la triste noticia que nunca más iba a tener otro hijo.

Esta desgracia unió más al matrimonio, pero indudablemente que la falta de un niño se hacía más evidente a medida que pasaban los años, ya que para mayor desdicha, Marcela y el zapatero eran hijos únicos y por lo tanto no tenían hermanos ni sobrinos a quienes regalar.

A Santiago le sobraba clientela y trabajaba hasta altas horas de la noche en su taller que estaba contiguo a la casa donde vivían los dos esposos.

Esa tarde, Marcela había terminado de lavar los platos y refregar las ollas y decidió zurcir unas calcetas. Como el día estaba

alegre y tibio, había abierto la ventana de su dormitorio para que entrara un poco de aire fresco y también para observar a los niños que jugaban en la plaza frente a su casa.

De pronto se dio cuenta de que habían salido lágrimas de sus hermosos ojos verdes y tuvo vergüenza de que la vieran llorando. Sacó un delicado pañuelo, se secó las mejillas y se sonó tímidamente.

En eso estaba, cuando sintió que alguien la estaba observando. Alzó el rostro y vio a un viejo burrero que acarreaba leña en sus dos burros.

-No llores Marcela -le dijo el burrero -Yo sé cual es tu pena y conozco la solución. Fue tal la sorpresa de la muchacha ante estas inauditas palabras de un viejo que nunca había visto, que se quedó con la boca abierta mirándole sin saber qué decir.

-He recorrido largos caminos con mis burros -dijo el viejo - y he llegado hasta la cima de esos montes que ves al frente. ¿Sabes quién

vive allá? No sé si es bruja o es hada, pero cualquiera de las dos que sea, no es una mujer mala y ella te puede ayudar. En el invierno pasado andaba por esos lugares solitarios en busca de leña. De improvviso unos de mis burros caminó por un sendero entre los arbustos sin poder yo detenerlo y así llegamos sin querer frente a la casa de la bruja Miguelina. Las puertas y ventanas estaban cerradas; al parecer la bruja había salido. Me dio mucho miedo ese lugar, sin embargo, antes de irme de ahí con mi burro, atisbé hacia el interior y pude observar ¡un hermoso espectáculo! Había decenas de ellas. ¡Cuál de todas más lindas! Pero no te lo contaré todo para picarte la curiosidad. ¡Adiós Marcela! ¡Las que son lágrimas de tristeza se convertirán en lágrimas de alegría! ¡Sigue mis consejos y no te arrepentirás! Diciendo esto, el burrero arreó a sus burros y se alejó por el polvoriento camino.

Marcela había salido de su estupor y atinó a gritarle al viejo ¡Espere! ¡Espere burrero! ¿Cómo podré llegar hasta allá?

El burrero -sin detenerse- miró hacia atrás y le respondió:

-¡La noche de San Juan! -¡No tengas miedo! Sola irás, las piedras se quebrarán y las ramas se abrirán. Mientras decía esto, sus ojos parecían bailar. Eran unos extraños ojos azules que hacían contraste con el arrugado rostro tostado por el Sol. Estaban enmarcados con dos tupidas cejas blancas y lucía una barba también del mismo color. A Marcela le pareció que la cabeza del burrero había rotado totalmente sobre sus hombros como si hubiera sido el muñeco de un ventrílocuo.

Salió corriendo tras él para adquirir más datos sobre estas extrañas frases, pero al dar vuelta una esquina el viejo había desaparecido con burros y todo, sin dejar rastro de su existencia.

La muchacha quedó estupefacta. Pensó que se había quedado dormida remendando las calcetas y que había soñado todo esto. Entró lentamente a su casa y decidió contarle su sueño al zapatero, su



marido.

Pasó la primavera y también el verano, llegó el otoño y el invierno anunciaba su visita. Por aquel tiempo, Marcela ya había olvidado el extraño sueño de las calcetas -como ella lo llamaba. Pero un domingo, a la salida de misa, oyó a unas mujeres comentar que se acercaba el día de San Juan. Entonces se acordó del burrero y de sus palabras. ¡Qué cerros lejanos y empinados eran aquellos! ¿Cómo una mujer podría llegar hasta allá? ¿Qué peligros encerrarían esas soledades? Precipicios escalofriantes, bosques oscuros y tenebrosos. Quizás habitados por gente malvada, refugiada en esas alturas, que no vacilaría en matar a quien se aventurase por esos lugares.

¡No! Mejor no pensar en todo eso. Y así lo hizo. No pensó más en esa idea hasta que llegó la noche de San Juan.

Ese día, Santiago tenía una importante reunión del gremio de zapateros y talabarteros. Cerró su taller más temprano que lo

acostumbrado y le dijo a su mujer que llegaría muy tarde, probablemente al día siguiente, porque viajaban todos los zapateros a otra ciudad. Después de despedirse cariñosamente, dejó sola a Marcela la que se sintió muy desamparada.

Al principio tuvo una gran pena, pero luego la pena fue reemplazada por miedo el cual la obligó a trancar todas las puertas y ventanas.

Hacía frío y decidió sentarse frente al fogón donde ardían dos leños. La crepitación de la leña seca al quemarse y las chispas que saltaban alegres la reconfortaron y pensó entonces no irse a dormir sino esperar sentada la llegada de su esposo.

Esa tarde el cielo no estaba despejado y a esa hora había empezado a lloviznar. Corría una fría y fuerte brisa que hacía girar presurosos los molinos de viento, como aquel día en que había visto al viejo burrero. Recordó los ojos azules del burrero que parecían girar al

igual que las aspas de los molinos. De pronto le pareció oír su voz entre el chirrido de los goznes que emitía el molino más cercano.

¡Marcela! ¡Marcela! No te olvides... ¡Hoy es la noche de San Juan!... Hoy se cumplirán tus deseos... No tengas susto y sigue mis consejos...

Afuera rebuznó un burro y Marcela sin poder contener la curiosidad, miró a través de la ventana. La noche estaba hermosamente estrellada y el frío mantenía a la calle solitaria.

La joven no se había equivocado. En realidad, allí había un burro gris frente a su casa. Estaba mordisqueando el pasto seco que había crecido al pie de una muralla.

¿Será ése uno de los burros del viejo? ¿Acaso el burrero era un brujo que se había convertido en un asno? Marcela sin poder soportar más todos estos extravagantes pensamientos abrió la puerta y fue a corretear al burro para que se alejara de allí. Así constataría que era un

burro de carne y hueso que, al recibir unas buenas palmadas en el lomo, se iría a pastar a otro lado.

-Eso me tranquilizará -se dijo- y dejaré de angustiarme con estos pensamientos.

Pero al darle las palmadas en el lomo, el burro se mantuvo en su lugar y girando la cabeza la miró con unos ojos que brillaban cual si fueran dos enormes estrellas en la noche. Marcela quedó paralizada. La invadió un agradable sopor y no atinó a otra cosa que a acercarse al burro y dando un enérgico salto, se montó en sus ancas. La fría brisa le acariciaba el rostro. No sentía miedo sino una extraña felicidad y el burro empezó a caminar lenta y suavemente y se alejó de allí en busca de los cerros.

Lo último que vio Marcela antes de doblar la esquina, fue la puerta abierta de su casa y la luz que salía del interior e iluminaba la calle. Pero no tuvo remordimientos al dejar su hogar abandonado

expuesto a los ladrones, porque sentía que una gran aventura comenzaba y que ésta iba a cambiar su vida.

Capítulo II

LA CASA DE LA HECHICERA

U así tenemos a nuestra hermosa Marcela, la esposa del zapatero del pueblo, cabalgando en un asno en una noche estrellada de San Juan.

La bella joven no supo cuánto tiempo viajó de esta manera, pero sí pudo constatar cómo el bondadoso animalejo se encaminó hacia un sendero que ascendía por las montañas. Pronto el pueblo quedó allá abajo, con sus lucecitas amarillentas, sin embargo el burro no se detenía a descansar y seguía pacientemente el camino.

Atravesaron un bosquecillo de eucaliptos y luego el sendero serpenteó por unos riscos y despeñaderos para después terminar en un tupido y profundo bosque, muy diferente al primero que habían

cruzado.

En este negro y húmedo bosque Marcela sintió mucho miedo y tendiéndose a horcajadas sobre el lomo del animal, se abrazó a su cuello y puso el rostro en su tibio pelaje.

A lo lejos divisó una luz y pensó que vendría de la ventana de una casa, pero no era una ventana sino un farol que colgaba en su frontis. El animal se detuvo ante la morada y Marcela se bajó del burro y se acercó a ella. Era una hermosa casita de madera. Adelante había una pequeña terraza y en el costado, una chimenea de piedra dejaba salir un transparente humo azulado. Cuatro ventanas y una puerta daban a la terraza en la cual había dos bancas. La terraza estaba rodeada por una baranda.

El interior de la casa estaba iluminado por el fuego de la chimenea y sentada frente al fuego había una hermosa mujer. Llamaba la atención su larguísima cabellera negra que ocultaba en parte un

rostro pálido y ovalado. Su cara descansaba entre dos blancas manos de finos dedos. Estaba vestida de negro y negros y brillantes también eran sus ojos que hacían contraste con la blancura de su piel.

Marcela quedó asombrada ante tan singular personaje y tuvo plena convicción de que estaba frente a la bruja de las montañas, la misma que había descrito el burrero. Pero, si mal no recordaba, se la había descrito como una bruja y no era eso lo que estaba viendo en esos instantes sino una mujer extraordinariamente joven y hermosa.

La bruja, al parecer se dio cuenta de la llegada de Marcela y después de dirigir su mirada hacia donde estaba la muchacha atisbando por la ventana, se levantó y caminando hacia la puerta, la abrió.

-Entra Marcela, te estaba esperando -le dijo con un cariñoso y suave acento de su voz.

Marcela al oír su nombre, no vaciló, entró a la casa y se sentó

junto al fuego frente a la bella mujer.

-Has de saber Marcela -le dijo la joven- que mi nombre es Miguelina y no soy ni bruja ni hada, sino una mujer que decidió vivir en la soledad de estas altas montañas porque amo intensamente a la naturaleza, a sus plantas y a sus animales. Aquí, ante cosas tan lindas y perfectas, sin la contaminación de los seres humanos, me siento más cerca de Dios. En esta tranquila soledad y en contacto con la naturaleza, he aprendido mucho y es así que conozco el secreto de infinidad de hierbas, jugos y raíces cuyas cualidades domino y por ello me han atribuido -las pocas personas que me conocen- las cualidades de una hechicera. Título del cual no me quejo porque bien lo merezco.

Marcela, al oír estas palabras, tuvo nuevamente miedo, pero era tal la bondad de la hechicera y su sonrisa tan agradable, que su angustia rápidamente se desvaneció y volvió a sentirse otra vez muy comfortable.

-Por el dueño de ese burro, he sabido que me visitarías esta noche de San Juan y he decidido ayudarte.

Tiempo atrás, cuando supe que observabas a unos niños jugando frente a tu casa en la plaza, murmuraste con gran tristeza unas palabras y esa pena llegó hasta mis finísimos sentidos.

Marcela recordó aquella escena cuando zurcía las calcetas y se dio cuenta entonces de que no la había soñado.

-Debido a ello- prosiguió Miguelina- envié al burrero para que te diera cita para esta noche.

Marcela quiso comprobar si era realidad todo esto y tímidamente le preguntó a la hechicera si sabía la causa de su tristeza.

-Sí lo sé -dijo Miguelina, algo molesta por la pregunta. Tu tristeza proviene de la ausencia de hijos en tu hogar y de la imposibilidad de tenerlos en el futuro.

-Así es -balbuceó Marcela.

-Pero no te pongas triste, dijo la hechicera.

-Mira, deja mostrarte mi colección de muñecas. Diciendo esto, se levantó y tomando de la mano a Marcela, la guió a otra habitación cuyas paredes estaban cubiertas con estantes y sobre éstos estaban sentadas muchas, pero muchas muñecas. Sus caras inmóviles y sus brazos y piernas rígidas formaban un bellissimo conjunto, pues, además de tener rostros muy hermosos con grandes e inocentes ojos, sus vestidos eran lindísimos y de una gran variedad.

Había de todas las razas y nacionalidades y estas últimas se evidenciaban por sus típicos ropajes.

-¿Qué te parece mi colección? -preguntó la hechicera.

Pero Marcela no pudo contestar porque estaba fascinada con esta escena tan sorprendente.

-He simpatizado contigo, dijo Miguelina. ¡Vamos! Elige una, que te la regalaré y la llevarás como recuerdo mío. Así tus días

venideros no serán tan tristes ya que si no tienes hijos, al menos tendrás una muñeca que adornará tu hogar y así podrás conversarle y hacerle vestidos nuevos como si fuera una hija verdadera.

Marcela titubeó, pero la hechicera la animó una vez más y nuestra muchacha, después de observarlas una por una, eligió una linda muñeca rubia de ojos azules que parecía sonreír y estiraba sus manitos como si estuviera esperando que la tomaran en brazos. Marcela la sacó del estante y la apretó contra su pecho y esta tierna presión provocó el funcionamiento de un mecanismo en el interior de la muñeca que la hizo exclamar ¡Mamá!

Qué maravilloso es todo esto, pensó Marcela, sin dejar de abrazar a su muñeca.

La bella hechicera la observaba y sonreía bondadosamente.

En esos instantes dieron las doce campanadas de la medianoche y Marcela se dio cuenta recién entonces de lo lejos que

estaba de su casa y el peligro del camino de regreso. Su esposo, ¿habría llegado? ¿Qué pensaría al observar la puerta abierta y su hogar abandonado?

Sin soltar la muñeca le confesó a Miguelina sus temores, ésta le dijo que era hora de regresar a su casa y riendo a carcajadas, la llevó hasta la terraza cerrando la puerta bruscamente.

Ante despedida tan inusitada de la hechicera, Marcela sintió enojo, mas, recapacitó al observar a su encantadora muñeca y decidió perdonar estos modales tan poco finos de Miguelina ya que pensó que si esta mujer vivía tanto tiempo sola, difícilmente podría tener buenas maneras en el trato con los seres humanos.

Capítulo III

UN SUSURRO EN LA COCINA

Decidió dirigirse hacia el burro; pero éste no estaba en parte alguna. Se le ocurrió entonces buscarlo más abajo. Pero más abajo tampoco estaba y lo peor de todo fue que la casa de la hechicera ya no se divisaba y Marcela se sintió totalmente desorientada en la fría y oscura noche.

Con la tenue luz de las estrellas logró ubicar el sendero entre los inmensos árboles y ya más acostumbrada a la oscuridad lo siguió presurosa.

-Si desciendo por él tendré que llegar hasta el pueblo -pensó. Y apurando el paso se internó en el bosque sin soltar a su hermosa muñeca.

El bosque se hacía cada vez más tupido y de las frondosas

ramas caían gruesos goterones de la pasada llovizna.

A pesar de las adversas circunstancias en que se encontraba, Marcela no tenía miedo porque sentía junto a su pecho a ese cuerpo de niña y se imaginaba que ella tenía que protegerla de todo peligro. Así salió del bosque y el sendero la guió por los despeñaderos y abismos hasta que llegó al fin al bosquecillo de eucaliptos.

En el horizonte brilló un relámpago y el retumbar de los truenos se dejó oír en toda la comarca.

Momentos después empezó a llover torrencialmente y Marcela con sus vestiduras chorreando agua corrió presurosa hacia su casa.

A cada retumbar del trueno apretaba a su muñeca inconscientemente y ésta gritaba ¡Mamá!

La pobre muchacha tropezaba fácilmente en el áspero camino y en uno de estos trastabillones perdió un zapato. Sin embargo siguió



caminando, y así, corriendo a medias y mitad cojeando, llegó finalmente al pueblo.

Llovía fuertemente. A lo lejos se divisó la silueta de un hombre que se aproximaba a paso rápido.

-¡Marcela! - Era Santiago que corrió hacia ella.

-¿Dónde has estado mi amor?

-Encontré la puerta abierta y salí a buscarte.

Marcela se abrazó a su esposo y él la besó cariñosamente. Ambos entraron a la casa y ella le contó todas las extrañas aventuras que había tenido esa noche. Santiago observó a la muñeca y constató que era muy hermosa y delicada. Ésta, a pesar de la lluvia no se había deteriorado.

Luego de beber té caliente, ambos muy cansados, se fueron a dormir; antes dejaron a la muñeca sentada en una silla frente al fuego, en el comedor.



Dormían profundamente, cuando un leve susurro se oyó allá en la cocina. ¿Sería un ratón que merodeaba en busca de algunos pedazos de pan? Marcela despertó sobresaltada; Santiago roncaba estrepitosamente a su lado. Se escuchaba un gemido y posteriormente el gemido se había transformado en un llanto. ¡No cabía duda! Era un llanto desesperado de un niño. Era imposible no saltar de la cama e ir a ver qué sucedía.

Marcela entró corriendo al comedor y se encontró con una escena fascinante. ¡La muñeca lloraba a lágrima viva. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar y estiraba sus bracitos hacia ella. ¡Mamá! ¡Mamá! -sollozaba- tengo frío ¡no me dejes!
Marcela, temblorosa por la emoción atinó a rezar una simple plegaria

-¡Gracias Dios mío porque me has escuchado!

Entró con la niña al dormitorio. Santiago había despertado y no podía creer lo que veía. Pusieron a la niña dormida entre ellos dos y la contemplaron largo tiempo. Su rostro de ángel parecía sonreír y sus hermosas pestañas rubias al igual que sus ondulantes cabellos irradiaban una gran felicidad.

-¿Qué nombre le pondremos? La llamaremos Miguelina; y así fue bautizada.

Marcela y Santiago guardaron este secreto y la niña creció hermosa y alegre como una flor de primavera rodeada de sus cariñosos padres que le dieron gran amor y protección.

Este es el fin de la historia de Miguelina que nació en una noche de San Juan, siendo anunciada por un burrero y sacada de un estante por su madre, que una tarde creyó soñar despierta, zurciendo viejas calcetas.

Si alguna vez la divisas jugando en la plaza con los muchachos

del pueblo, te llamará la atención su hermosa cabellera rubia, su blanco rostro de ángel y sus grandes ojos azules, que no parecen de niña, si no más bien, los de una linda muñeca.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina